

IVIR DE MILAGRO

POR

EBE DANIELS



BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 3

BIBLIOTECA TRÉBOL

VIVIR DE MILAGRO

Comedia de costumbres americanas
interpretada por los simpáticos actores
BEBE DANIELS, GRACE MORSE
HANY MYERS

Exclusiva
CINEMATOGRAFICA VERDAGUER, S. A.
Consejo Ciento, 290 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

ORDEN DE LIBRERO

CON ESTIMACIÓN DE LIBREROS
Y LIBRERAS EN EL MUNDO
ESTIMACIÓN DE LIBREROS
Y LIBRERAS EN EL MUNDO

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G-104 : BARCELONA ::

ESTIMACIÓN DE LIBREROS EN EL MUNDO
ESTIMACIÓN DE LIBREROS EN EL MUNDO

I

UNA PRINCESA DEL DÓLAR

Luisa Palmer estaba acostumbrada a satisfacer libremente sus caprichos.

Hija única de la poderosa familia de los Palmer, no había reconocido otra ley que la que proclama la igualdad de sexos y la ilimitada libertad que gozan en Norte América las jóvenes.

En el momento en que la presentamos a nuestros lectores dispónese, por el sistema que ella usaba, a emprender un viaje a Nueva York.

En efecto, faltan solamente cinco minutos para la salida del tren y la gentil Luisa se halla entregada a los placeres del deporte, jugando una partida de *base-ball* con una colección de traviesos muchachos que celebran con gran algazara las estupendas jugadas de nuestra heroína.

Le ha caído el gran encargo de acompañar a Luisa, a su prima Clara Belle Palmer, que en razón a su parentesco no ha podido excusarse, aunque ya prevé la tocará sufrir las consecuencias del alegre temperamento de su endiablada prima.

Cansados de esperar inútilmente, ya habían mandado retirar las maletas y ordenado al chófer que devolviera el auto al garage, cuando sucia, fatigada y cubierta de polvo, presentóse Luisa.

Faltaban sólo dos minutos para la salida del expreso...

Pero Luisa, ante la estupefacción de todos, ordena que suban al magnífico Cadillac, y empuñando el volante emprende la persecución del tren, que favorecido por una recta despejada y de varios kilómetros, había alcanzado ya una velocidad vertiginosa...

La distancia a salvar era de diez kilómetros, pero Luisa no conocía el miedo, ni le temía al árnica.

Por fin en un cruce peligroso y a pesar de las señales automáticas para que se detuviera, Luisa embala a fondo su coche y cruza a dos palmos de la locomotora ante la sorpresa del maquinista, que juzgaba inevitable la catástrofe, y el pánico de sus padres, que ya se juzgaban habitantes de otro planeta o propietarios vitalicios de un panteón en el cementerio más cercano.

Luisa salta del coche y exclama satisfecha encarándose con su padre :

— ¡Ya ves, papá, aún nos han sobrado más de cuarenta segundos!

Mr. Palmer, que nunca sabe si llegará a su casa con los huesos sanos, cuando viaja con su hija, se maravilló de hallarse en la estación

y no en un hospital, lleno de vendajes entre el embriagador perfume del ácido fénico y del agua timolada.

Por fin la atolondrada Luisa parte en compañía de su prima, y sin más novedad que la monotonía del viaje a una velocidad que no permite detenerse a contemplar las maravillas del paisaje, llega a la populosa ciudad de Nueva York.

Cuán ajena estaba la tía de Luisa del torbellino que se le venía encima...

Precisamente estaba pasando una temporada con sus íntimos amigos los Rollins, que alegraban con su compañía su soledad de vieja solterona.

Los Rollins esperan la llegada de su hijo Ted, que por vez primera visita Nueva York.

Criado en la hacienda « Rollins », Ted no ha tenido otras aspiraciones que llegar a ser un experto jinete y lucir sus dotes de domador de potros salvajes, midiendo en los jaripeos y rodeos sus fuerzas con los toros más bravos de la ganadería.

Por el contrario, sus padres, ya retirados del negocio activo de la ganadería, gustaban de dar frecuentes escapadas a la capital, cuya vida y costumbres les era familiar, lo que se traslucía en sus vestidos y modales.

La tía de Luisa, enterada por un telegrama de la próxima visita de su sobrina, comenta con los Rollins la fama de excéntrica de que ésta goza.

Oscar, uno de los criados de la casa, escucha la conversación que le debe interesar grandemente, ya que no deja perder ni una sola sílaba...

La tía, con la característica insistencia de los viejos sobre el mismo tema, sigue la conversación, sin sospechar que facilita al criado datos preciosos.

— Tengo verdadera impaciencia por conocer a mi sobrina...

Y como quien revela un secreto en el que tuviera puestas grandes esperanzas, agrega :

— Además, que si trato bien a su hija, tal vez mi cuñada me dé en su negocio la parte que le tengo solicitada y tendré asegurada una buena inversión de capital.

Mientras esta conversación seguía, Oscar abría un cablegrama dirigido a la señora Curtis Palmer.

Decía así :

« No me esperéis el viernes, decidido pasar una semana Chicago. — Luisa ».

No extrañó a la señora Curtis Palmer este inesperado cambio de opinión de su sobrina, y se dispuso a esperar los siete días de aplazamiento que ella fijaba.

En tanto Oscar decidió obrar con la presencia que el caso requería, aprovechando, naturalmente, los días que Luisa tardaría en llegar.

Bajo esta idea y formado ya su plan para apoderarse de las joyas valiosas que posee la señora Curtis Palmer, va a visitar a Suzie, una cómplice que lo ha servido a las mil maravillas en cuantos golpes ha preparado.

Es la tal Suzie una mujer de vulgar origen y maneras más vulgares todavía.

Oscar encuentra a su cómplice acicalándose y dando muestras al elegir sus vestidos de los más vulgares y plebeyos gustos.

Al ver entrar a Oscar, Suzie le dice :

— ¿Precisas otra vez los servicios de mi belleza y mi astucia?

Oscar sonríe al adivinar en el gesto de orgullo y suficiencia de Suzie, que, como siempre, está dispuesta a servirle de auxiliar decidida y sumisa.

— Vamos a dar un golpe productivo... — la dice a guisa de introducción a sus manejos —. Te haré pasar por la sobrina de la señora Curtis Palmer, así podrás introducirte en la casa, y lo demás creo que ya lo comprenderás — continuó diciendo Oscar, mientras hacia con los ojos un gesto de inteligencia en extremo significativo.

Luego, extendiéndose en consideraciones sobre el desarrollo de la operación, la pone en antecedentes informándola de que la joven a la que debe suplantar se llama Luisa y procede de Los Angeles, diciéndola para animarla.

— Con la fuerte cantidad que este golpe nos producirá, resolveremos nuestro problema.

Pero no contaba con lo imprevisto, que en este caso se presenta en forma de la inmediata llegada de Luisa, que para hacer honor a su



Criado en la hacienda Ted no tenía otras aspiraciones que llegar a ser un experto jinete

fama de excéntrica y variable no se ha detenido en Chicago y se deja caer en Nueva York, acompañada de su prima Clara Belle Palmer.

En la estación ocurre un acontecimiento decisivo en la vida de Luisa.

Se cruza con un joven alto, arrogante, de aspecto sencillo y agradable.

Es Ted Rollins, que procedente de su rancho llega por vez primera en su vida a Nueva York.

Luisa ve en aquel mocetón afable y sencillo a su ideal de toda la vida.

Ted que desemboca por el andén, buscando con la mirada a sus padres, no repara en la admiración de que es objeto, y cuando un *groom* le ofrece sus servicios para llevarle las maletas, él lo rechaza, herido su varonil orgullo de atleta, diciéndole.

— ¡Ofrece tus servicios a las damas; yo no me fatigo por tan poca cosa!

Luisa hace partícipe a su prima de la impresión que Ted le ha producido.

— Fíjate, Clara, ¡qué hombre tan simpático!

— Pero, Luisa, si es un rústico; ¿no te has fijado en sus maneras de cow-boy?

— Lo que tú quieras... pero es mi tipo. A mí me resulta la mar de simpático. ¡Y qué diferente de los muñequitos de los salones! Decidida a proclamarlo delante de todos, como el hombre que había conseguido con su sola presencia hacer latir con acelerado ritmo su corazón de mujer joven y deseosa de amor, Luisa exclama dirigiéndose a su acompañante, que en razón a su mayor edad vese obligada a fingir una severidad que tal vez ni remotamente llega a sentir.

— Fíjate, aquellos deben ser sus padres: son muy elegantes.

Y con el brazo disimuladamente extendido señala a un simpático caballero y una elegante dama, que acudían a recibir al gallardo joven recién llegado.

Nuevamente quiso insistir Clara Belle, pero Luisa, por toda respuesta categórica, sentó definitivamente su opinión relativa al desconocido viajero:

— Te aseguro que este hombre me ha impresionado... un tipo así es mi ideal...

* * *

Dejemos a Luisa ensimismada con el fortuito y trascendental encuentro que el destino la ha deparado y volvamos a los famosos y bien avenidos compinches Oscar y Suzie, cuyos planes ha venido a estorbar la inesperada llegada de la hermosa Luisa.

Por tercera vez ésta varía de opinión, confirmado una vez más su fama de original en todas sus cosas, y al llegar a Nueva York en lugar de dirigirse a casa de su tía, se traslada a uno de los restaurants de más fama de la bulliciosa cosmópolis.

Su prima no ve con buenos ojos la idea de la atolondrada y genuina norteamericana, pero como sabe de antemano que sus protestas de nada iban a servirla, la sigue resigneadamente esperando que en el restaurant forzosamente será protagonista de algún nuevo lance que la ponga en peligro el físico o la deje en inmejorable estado para ingresar en la casa de socorro.

Mientras, Luisa, en el restaurant, está encargando una comida como si no hubiera pro-

bado bocado en ocho días, su prima, que con gran asombro se da cuenta de los escasos recursos con que cuenta, ya que no había calculado con la inesperada prolongación del viaje, teme que al pagar la nota ocurra algún incidente desagradable.

Juntando los recursos financieros de que momentáneamente disponen, llegan, con el justo capital reunido, a pagar estrictamente la cuenta, quedándoseles únicamente como cantidad remanente, escasamente un dólar.

Clara Belle le dice a su prima :

— Figúrate, Luisa, que sólo nos quedan setenta y cinco centavos de dólar; ya dirás tú lo que se puede hacer en Nueva York con esta cantidad... Créeme, no demores más el presentarnos en casa de tu tía y pedirla fondos para poder ver en Nueva York algo más que los rascacielos, el tráfico y otros espectáculos gratuitos.

Luisa no se amilanó por lo crítico de la situación y replica :

— Pues mira, Clara, soy capaz de no presentarme en casa de mi tía y demostrarle que soy capaz de vivir de milagro en Nueva York, con esos céntimos, por lo menos una semana bien cumplida...

— Pero, chica, si después de pagar apenas nos quedará un dólar...

— No te apures, ya saldremos de apuros; cuenta con mi valor.

— Te apuesto cinco mil dólares, a que vi-



Cállate, que puedes estropearme la combinación

viré una semana en Nueva York con el dinero que tengas.

— ¡Pero no te digo que son escasamente setenta y cinco céntimos!...

— ¡Pues aún me sobran setenta para ganarte la apuesta!...

Clara, con un gesto de profunda extrañeza, exclama :

— Ya veremos cómo te las compones.

Y acentúa la desconfianza en el éxito de la empresa a que su prima se lanza.

Esta, como palabra final demostrativa de su fe en los recursos, exclusión hecha de los monetarios, la dice :

— Vengan los setenta y cinco, y por mí no te apures... que ya soy algo crecidita...

La casualidad, siempre dispuesta a acudir en auxilio de los enamorados, hace que Ted y sus padres entren en el restaurant a cenar.

Luisa considera este incidente como el primer acontecimiento favorable a sus planes. Rápidamente y con la complicidad de una camarera del hotel, se viste humildemente, y tomando un cesto de flores empieza a ofrecerlas de mesa en mesa, exclamando alegremente :

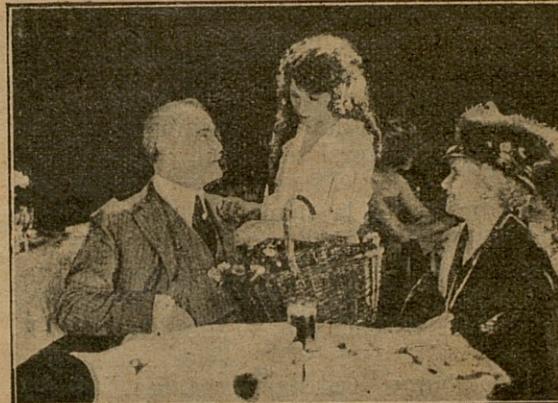
— ¡Rosas frescas, rosas!...

Clara Belle al ver a su prima ejerciendo tan poco aristocrático oficio, a poco sufre un síntoma de los que precisan para reaccionar una farmacia entera, pero Luisa la reanima diciéndola :

— Ten serenidad, o de lo contrario arruinas por completo mi combinación...

Ted, que como buen provinciano siente lástima por la primera desgracia, aparente o real, que aparece ante su vista, contempla con ojos de profunda compasión a la muchacha, que él juzga pobre y que debe ganar su sustento vendiendo flores entre el desprecio de unos y la hostilidad de los camareros que pretenden hacerla salir del local, porque molesta a los parroquianos con su reiterada oferta de flores. Y digiéndose a su madre, Ted exclama con doloroso acento :

— ¡Qué pena, mamá, ver a una jovencita



Cómpreme usted flores, de lo contrario mi abuelita me pegará

tan agraciada en una situación tan afflictiva... qué miseria debe pasar la pobre!

Su mamá, ya algo más recelosa, fruto de sus frecuentes estancias en la capital, le responde :

— Bien se ve, hijo mío, que no posees en este asunto la experiencia que yo. En las capitales, si uno se deja enternecer por las miserias que a sus ojos se ofrecen termina irremisiblemente en la pobreza... más real que la que admirablemente representan, en muchas ocasiones, estas muchachas, que en el fondo sólo buscan interesarnos para que lle-

vemos las manos al bolsillo y soltemos nuestros bien ganados dólares...

A pesar del discursillo, Ted, en su candidez, cree que efectivamente aquella jovencita sufre la adversidad del destino, y agrega :

— Mamá, pero si tiene una cara de dolorosa...

Naturalmente la mamá sonríe al ver la ingenuidad de su hijo, que por haber vivido siempre en la hacienda desconoce completamente la compleja vida de una gran urbe con sus bellos encantos y también sus peligros...

Sin embargo, Ted llamará a Luisa.

— Véndame unas flores, señorita, y cobre doble precio...

Luisa ya no duda de que ha logrado interesar a su ideal...

Una inspiración genial y rápida la hace desplomarse, fingiendo un desmayo que pone en commoción a toda la sala...

Por fin, y sin gran esfuerzo, logran que vuelva en sí...

Al abrir sus bellos ojos los fija Luisa en los de Ted, que, azorado, no sabe qué hacer ni qué decir...

Las primeras palabras de Luisa acaban de conmoverle.

— Llevo dos días sin comer, mi estado es de suprema postración...

Ted no necesitaba más para saltar de su asiento.



Y finge un desmayo que pone en commoción a toda la sala

— Papá, por favor, pide algo para esa infeliz... se está muriendo de hambre.

Acude el camarero, y Luisa, a pesar de que ya ha comido, vese obligada a tragarse los manjares que éste ha traído... y que no son pocos... naturalmente, tratándose de salvar a quien se moría de hambre.

Luisa, al ver que su idea la produce un efecto tan propicio a sus planes, sigue comiendo, a pesar de que está a punto de reventar; pero es indispensable mostrar hambre para no dar a comprender que todo era una pura farsa.

Siguiendo en su papel de mártir del destino, agrega Luisa :

— Estoy sola en el mundo, vivo con mi abuela que me pega a diario y me obliga a entregarla cuanto dinero recojo con la venta de las flores...

Ted inmediatamente toma abiertamente la defensa de la joven y dice a sus padres :

— No podemos permitir que sufra de este modo; debemos llevarla con nosotros y ofrecerla habitación y comida para que no padezca los malos tratos de su desalmada abuela.

— Pero, hijo mío, no seas tan sensible — le contesta su madre — ; porque si permanecemos en Nueva York quince días vamos a necesitar un millón mensual y un asilo sólo para los necesitados que tú recojas.

El padre de Ted, que como hombre de experiencia sospecha de todos y de todo, dirige a Luisa la siguiente significativa pregunta :

— ¡Señorita : es raro que no tenga usted mucho apetito llevando ya dos días sin comer!...

Luisa comprende el peligro en que se halla si no replica al instante.

— Es que... que lo guardo para mi abuela ; la pobre está también casi desfallecida y le llevaré esta comida que procuro me sobre...

Ted ya no puede resistir más. Al oír nombrar a la abuela se la imagina pegando a la desdichada y bella joven, y afirma con energía:

— Si no la queréis en casa, ya sé yo lo que debo hacer.

La mamá de Ted, complaciente como todas



Papá, por favor, pide algo para esa infeliz. ¡Se está muriendo de hambre !

las madres y tomando cuenta del interés que su hijo demuestra, quiere facilitar «su obra de caridad ».

— Para complacerte la recogeremos, pero no le digas una palabra a tu padre porque te tomará por un imbécil ; ya conoces su carácter práctico y la opinión que tiene del mundo y de la vida.

Efectivamente, el plan es fácil ya que el padre de Ted debe comer fuera de casa por tener en el Club una Junta general que solicita su presencia.

Despídese el padre de Ted de su esposa e

hijo, y por advertencia final les dirige el siguiente consejo :

— Tened en cuenta, y particularmente tú, Ted, que en la capital existen peligros perfectamente disimulados, y que los «sentimentales» están siempre expuestos a sufrir un engaño...

El padre de Ted tiene motivos más que suficientes para pronunciar estas palabras, porque ha ocurrido un detalle en el que nadie ha reparado.

El monedero de Luisa, y en el que ella había guardado todas sus alhajas al vestirse de florista, ha resbalado al suelo, y el padre de Ted al recogerlo y entregárselo ha tenido, en un rápido movimiento, la previsión de abrirlo, quedando maravillado del valor de las joyas que encerraba.

Este dato le ha predisposto en contra de Luisa, porque naturalmente es en extremo sospechoso que una joven que posee joyas que representan un capital, se dedique a la venta ambulante de flores, pobemente vestida...

Mas Ted no repara en estos detalles.

La simpatía y la belleza de Luisa le han obsesionado, y el llevársela a su casa es su sueño dorado, como un niño que se lleva del bazar una bella muñeca que constituye todo su encanto...

En su ilusión Ted da ya como cosa segura que Luisa viviera con ellos toda la vida y pro-



*Llevo dos días sin comer, mi estado es de-
bido a suprema postración*

pone que la lleven a la hacienda, donde él la enseñará otra vida diferente a la misera y monótona que soportaba en Nueva York entre privaciones y mil sufrimientos, lejos de la naturaleza y los sanos alimentos que en la hacienda se encuentran.

Luisa viendo que los acontecimientos la llevan más lejos de lo que ella misma deseara, intenta retroceder.

— Yo les agradezco mucho, señores, su amable acogida... Pero no puedo separarme de mi abuelita... porque la pobre moriría de tristeza... si no pudiera sacudirme de vez en cuando algún mamporro...

— ¡Pero, señorita — ataja inmediatamente Ted —, si ahora no vivimos en la hacienda! Ahora pasamos una temporada en casa de nuestros buenos amigos de mamá, la señora Curtis Palmer.

Luisa comprendió que el destino la llevaba, aun contra su voluntad a casa de su tía, y en calidad de mendigante y recogida... La cosa tenía la gracia por arrobas, y nuestra heroína hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para no soltar una estrepitosa carcajada...

Ted, excediéndose en aras de sus sentimientos caritativos, agregó :

— ¿Y por qué no se trae usted también a su abuela? La consideraremos como si fuera de la familia, pues no faltaba más.

La madre de Ted le dió una mirada fulminante que quería decirle claramente si había tomado la casa de mis parientes por un asilo. Y puso término a la filantrópica misión a que Ted se había lanzado y que hacía extensiva hasta la imaginaria abuela que sólo existía en la fértil imaginación de Luisa.

Clara, que desde su mesa del restaurant seguía con el alma en un hilo las aventuras de su excéntrica prima, recibe al pasar ésta por su lado, siguiendo a sus improvisados

protectores, la siguiente misiva, escrita en la mitad del menú con letra rápida :

« Querida prima : Me encuentro muy bien a pesar de ser pobre de ocasión y haber comido dos veces para representar a lo vivo mi papel de muerta de hambre. Si no muero de una indigestión, es lo más probable que ganaré la apuesta y que de paso tal vez me case a mi gusto... — Luisa ».

□

III

Entretanto la casi verdulera Suzie, de acuerdo con el criado Oscar, estaba dando los últimos toques a su plan, y no solamente a su plan, si no que también a su estrafalario tocado, que ya tocaba a su fin, pues para aparecer más elegante y distinguida se ponía excesivos adornos, semejando igual un altar del Corpus que una mercería en día de liquidación de saldos...

Daba ya cima al peinado que era del más pésimo gusto que imaginarse pueda el lector cuando sonaron a la puerta de su aposento, apestado por esencias baratas, dos golpes que quisieran y hubieran podido ser discretos entrando en seguida y sin esperar la voz de adelante el avisado Oscar, que después de dar una mirada general y escrutadora a los vestidos y demás carga general que llevaba la compañera de sus expoliaciones, más o menos afortunadas, por poco se deja caer rendido en un diván...

Sacóle de su éxtasis admirativo la voz chilona de su amiga :

— Haz el favor de pedir permiso al entrar. Olvidas que soy la sobrina de la dueña y que tú eres un simple criado. Si repites eso en



Mi sobrina Luisa de Los Angeles

casa de la señora Curtis Palmes la recomendaré que te eche a la calle para representar más a lo vivo mi papel.

Después, y previa mirada al espejo, preguntó a Oscar.

— ¿Me encuentras elegante, verdad?..

Oscar ni contesta, porque prevé que si la dirige un elogio es capaz Suzie de volver a vestirse para ponerse todas las prendas por duplicado...

— Mira, déjate de remiendos en la fachada y ahí tienes la maleta de la auténtica sobrina para que tomes de ella los accesorios que

aún te parezca posible añadir al equipaje que llevas encima de tus hombros...

Amoscada Suzie le replica :

— Siempre serás un paletó. ¿Acaso no se viste así en Nueva York? ¿No es ésta la última novedad en los salones elegantes?...

* * *

Luisa en tanto ya se ha instalado en casa de su tía, la que, como ya ha manifestado en su conversación con los Rollins, no la conoce, circunstancia ésta que favorece a la par a los aventureros y a Luisa, que goza lo indecible en este original incógnito que la reserva graciosas escenas y divertidos pasos cómicos...

Ted la hace los honores de la casa con refinada galantería, y satisfecho en su fuero interno de su proceder, pregunta :

— ¿Se encuentra usted bien en este nuevo ambiente, en esta vida exenta de toda clase de privaciones?...

Luisa, que recuerda una frase mortificante de Ted y que éste pronunció como suprema expresión de su lástima, le dice :

— Sí, perfectamente; pero aún recuerdo una de sus frases que me hirieron. ¿Recuerda usted que en el restaurant dijo al levantarme del suelo cuando me desmayé : ¡Pobrecita, sólo tiene la piel y los huesos!... Pues está usted en un error, y no le perdonó la frase.

Y Luisa sonríe maliciosamente irguiendo su cuerpo divino, donde las morbideces marcan discretamente su feminidad triunfante de mujer delgada, pero deliciosamente formada...

Empiezan las preguntas a la « desdichada »...

— Y ¿cómo te llamas, chiquilla?

— Mi nombre es obscuro, me llamo Luisa Jones... así, apellido de negros...

* * *

La tía de Luisa, compadecida de la pobreza de la que ella está muy lejos de suponer sea su auténtica sobrina, se interesa porque la den de comer y la preparen adecuado alojamiento.

Se preocupa de que coma y se encarga de que tome un baño, en cuya medida además de filantropía no deja de haber también cierta preocupación, porque naturalmente se desconoce el origen de la muchacha, y en las viviendas humildes a veces abunda la ingrata compañía de algún insecto molesto. ¡Es preciso precaverse!...



IV

Después de haberse instalado Luisa en casa de su tía hacía su entrada en ella la impostora, aleccionada convenientemente por Oscar.

Inmediatamente fueron para ella todas las atenciones ante la extrañeza y regocijo de Luisa, que comprendiendo inmediatamente que se trata del plan de dos bandidos, pues al instante echa de ver la complicidad del criado, se propone no perderlos de vista para frustrar sus maquinaciones encaminadas, según ella acertadamente supone, a dar un golpe más o menos productivo contra las alhajas o valores de que puedan apoderarse.

Para que Luisa pueda sentarse a la mesa la prestan uno de sus propios trajes sacado de sus propias maletas, que por la agencia del ferrocarril fueron llevados al domicilio de la tía, y naturalmente sieto suyo le cae que ni pintado, realzando su natural elegancia y esbeltez, al contrario de lo que ocurre con Suzie, cuyo mal talante y zafias maneras atribuyen todos a su excentricidad, lo que en realidad es falta de cultura y ausencia completa de buen tono.

En la mesa se encuentran finalmente todos en un conjunto tan cómico que ellos son los



Para que pudiera sentarse en la mesa le facilitaron uno de sus propios trajes

primeros... a pesar de que nadie ignora de lo qué se ríe el vecino...

En efecto... Ted se ríe pensando en lo que pensaría de él los vaqueros de su rancho si lo vieran con aquella estrafalaria indumentaria que tan perfectamente le cae... si le cae por la silla y le llegan los faldones hasta el suelo sin ninguna dificultad...

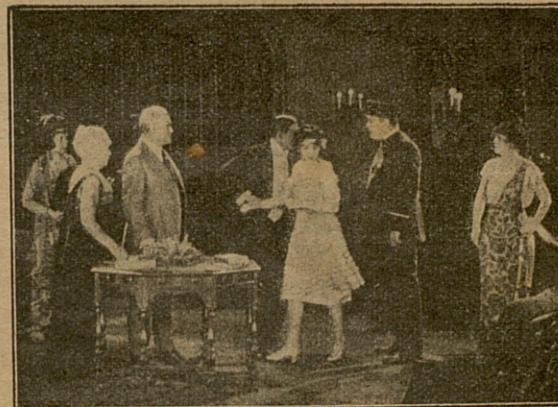
Durante la comida, y a cada pregunta que se la dirige, la falsa sobrina mete la pata del modo más chocante y lastimoso. Así cuando la preguntan por los dos mellizos ella, creyendo que se trata de dos niños, cuando en

realidad le preguntan por dos perros, dice que van al colegio y son aplicados.

Risa general, como igualmente al preguntar por la sobrinita Clara, ella, juzgando se trata de una niñita y no de una mujer de treinta años, dice que está echando el primer diente, con la consiguiente estupefacción de todos y la evidente contrariedad del criado, que viendo su plan perdido se introduce en las habitaciones de los Curtis Palmer y se apodera de cuantas joyas y dinero encuentra.

Pero al hacerlo no repara en que Luisa le acecha, y juzgando la ocasión propicia y cansada ya de divertirse con su incógnito, declara su verdadera personalidad y acusa a Oscar y a su compinche del robo de las joyas, no sin antes pasar un mal rato, pues achacaba a ella la fechoría basándose en que es sospechoso que una joven que lleva el monedero repleto de valiosas joyas se dedique a vender flores en un restaurant. Pero Luisa refiere su original apuesta, y la presencia de su prima Clara Belle acaba por afianzar en el ánimo de todos la idea de que se hallan efectivamente delante de su excéntrica sobrina Luisa Palmer, encantadora y juguetona siempre, y que esta vez les ha salvado de ser víctimas de un importante robo.

Avisada la policía se hace cargo de Oscar y de la estrañalaria Suzie, que va a lucir su elegancia a uno de los calabozos de la Jefatura



Avisada la policía, sospecha primeramente de Luisa, pero...

de policía, donde la reconocen como autora de otras semejantes fechorías.

Luisa se encara con su prima y la dice :

— Como has visto vencí la apuesta y he logrado pescar un novio simpático, sencillo y millonario, cosas que, reunidas, rara vez se encuentran en esta vida, que sería en extremo penosa si no la alegrara el amor con sus divinas travesuras y sus horizontes sin fin, iluminados por la luz de una sonrisa...

Preguntado Ted si quiere casarse con Luisa y diciéndole ésta que le da un minuto para reflexionar, replica él que le parece excesivo el plazo, y juntando sus labios a los de Luisa le da en un beso la mejor de las respuestas.

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores

Precio de este interesantísimo libro : **UNA PESETA**

BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.

JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.

LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli y Jaime O. Barrons.

AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.

¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.

CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.

UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.

SOMBRAZAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.

EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.

PRECIO DE CADA TOMO : **60 CÉNTIMOS**